

## Primer Premio Cuento

Categoría Familiar (año 2001)

Autora: Ana Wiernik de Luksenburg

Seudónimo: "Ilana"

# Las señoritas de los huevos

Matilde y Eva, rondando los setenta, y con una vejez que no las perdonaba, luego de una decadencia forzada por las vicisitudes de la vida, tuvieron que ajustarse a la pequeñez de la pensión de un padre que quiso llegar a prócer, y apenas fue un coronel pasado a retiro, demasiado temprano, por algunos desacuerdos con sus superiores.

Nunca se casaron, ni tuvieron novio, ni tentación alguna. Pero sí hicieron mucho crochet, y cuando aún podían, trabajaron en la beneficencia, que mucha satisfacción les daba, y lustre también.

Ahora, reducidas a una casa de apenas dos diminutos dormitorios y una pequeña sala tapizada de fotos antiguas e interminables carpetitas, decidieron armar un gallinero en el fondo, con la esperanza de poder sobrevivir con un poco más de decencia.

Agradecidas como eran, y al ver que el negocio comenzaba a marchar, se amigaron con las gallinas y comenzaron a darles nombres de familiares difuntos, que a esa altura de la vida eran ya demasiados y ellas tenían miedo de olvidarlos.

Para alimentarlas, y con nuevas ideas comerciales, consiguieron hacer un canje con Juana, la panadera, mujer de mediana edad, madre de tres niños a los que amaba con pasión. Diariamente Matilde le llevaba tres huevos, todavía tibios y con un suave olor a plumas, a cambio del pan del día anterior que luego remojaba en agua, mez-

claba con un poco de maíz, y entregaba a sus amadas gallinas. Juana, con un pequeño cuchillo de mango negro y punta afilada, agujereaba entonces los huevos en ambos extremos y se los daba a sus hijos, observando cómo los pequeños chupaban con fuerza, hasta que las cáscaras quedaban livianas y transparentes.

Y así fue que las señoritas de los huevos, como comenzaron a llamarlas en el barrio, sin malicia y con mucha suerte, recibieron los ardientes elogios de la panadera, ya que sus hijos débiles y esmirriados, ahora se estaban criando sanos y fuertes. Ella no abrigaba dudas de que todo se debía al milagro de los huevos. Y como mujer habladora que era, desde la panadería y como si fuera un púlpito, arengó a su clientela, invitándola a consumir los huevos de las señoritas.

Los vecinos, curiosos y con muchas ganas de creer, se fueron acercando a la pequeña casa de Eva y Matilde, primero comprando huevos, tempranito en la mañana, y luego requiriendo de sus consejos, pues ya nadie dudaba de que ellas algo tenían que ver con la bondad de las curaciones.

Asombradas primero, y acomodándose a la situación después, las hermanas compraron un gallo, pusieron a empollar a las gallinas, y aumentaron el número de ponedoras. Arreglaron la salita, agregando un pequeño pero cómodo sillón, cambiaron las cortinas poniendo otras más espesas que las ayuda-

ban a mantener un ambiente íntimo y levemente sugerente, y comenzaron a recibir a las madres preocupadas porque sus hijos no crecían, o se resfriaban continuamente, o tenían una tos de perros. Cada una se llevaba por lo menos un huevo, a precios ostensiblemente mejorados, acompañados de una receta que iba desde el clásico huevo de la panadera, el batido con vino y azúcar, o el revuelto con hierbas del gallinero. Pero siempre crudos y tibios, para que no perdieran sus fuerzas curativas y energizantes.

Tanto resultado tuvieron, que pronto su fama trascendió a otros barrios. Ya no sólo madres ansiosas, sino también hombres apenados se acercaban a su casa con mucha discreción para pedir ayuda y así poder resolver problemas de su hombría. Jóvenes solteras y sin novio a la vista, se convertían en novias agradecidas.

Pronto no pudieron atender solas tantos requerimientos y entonces emplearon a Agustín, un joven escritor desocupado y escaso de imaginación, a quien aleccionaron en la forma de hablar y alimentar a sus maravillosas gallinas. Él aprendió sus nombres, aunque sólo el de las matriarcas, porque a las señoritas se les habían acabado los familiares y la paciencia para bautizar a las nuevas, pero por sobre todo aprendió a recoger los huevos con especial cuidado y acondicionarlos en unas canastas profusamente adornadas, mientras ellas atendían a su in-

terminable clientela.

Tan grande era su prestigio y el de sus gallinas, que pronto les adjudicaron poderes extraordinarios. En la tarde, y al amparo de las pesadas cortinas, exitosos comerciantes, inseguras amas de casa, prolijas maestras o temerosos jóvenes, escuchaban sobrecogidos acerca de su futuro incierto. Matilde, con elaborada delicadeza, tomaba entre sus manos una pesada vasija, la depositaba en la mesa, partía artísticamente dentro de ella uno de sus maravillosos huevos, y leía el destino del acongojado cliente, tal cual lo había visto hacer a una de sus viejas amigas con la borra del café.

Muchas gallinas se estaban poniendo viejas, lo cual les planteaba un problema ético, que finalmente solucionaron instaurando un nuevo alivio para los males: el caldo de las gallinas de los huevos maravillosos. Este caldo espeso y grasoso era acondicionado en pequeños potes y vendido como el mejor remedio para el malestar del estómago, los dolores de la cabeza, el cansancio de los huesos y las diarreas desobedientes.

En medio de su delirante beatitud, felices por esta suerte encontrada tardíamente, pero encontrada al fin, Matilde y Eva abrieron una cuenta en el Banco. Ni en su aristocrática y mimada juventud, habían soñado con tanto dinero. A veces, en esos pequeñísimos momentos de paz en los que podían mirarse a la cara, se preguntaban si tendrían fuerza y oportunidad para disfrutar de tanta cosa, merecidamente ganada.

Pero no todo iba a ser placeres en esta historia. Una mañana, un poco después de que cantara el gallo, y habiendo archivado en su memoria la figura del médico, la panadera atronó la puerta de las señoritas, exigiendo urgente respuesta. Desesperada y a borbotones contó cómo en un instante y quizá por algún gualicho de esos que no se deberían encontrar nunca, sus tres niños comenzaron a vomitar un líquido verde, que nada tenía que ver con la comida que ella les preparaba.

Arrugados del dolor de la cabeza que los dejaba viscosos y con el cuello torcido, comenzaron uno a uno a caerse en el patio del fondo, al lado del níspero, con los esfínteres flojos y una diarrea sanguinolenta, de esas como la de los últimos días de una vida.

Aterrorizadas, Matilde y Eva corrieron al gallinero, obligadas y perseguidas por la enloquecida madre, que cesta en mano arrancaba los huevos a las perezosas gallinas.

Exigidas de lograr una cura inmediata, convencieron a la panadera de que las acompañara a la salita. Con su ritual de siempre batieron los huevos, los combinaron con una poción de caldo, y para hacer más efectiva la cura le agregaron una cucharada de las hierbas que ahora ellas mismas secaban y fertilizaban con los excrementos de las maravillosas. Luego, acompañaron a la desesperada madre, envolviéndose en sus batas amarillentas y calzándose unas zapatillas de

Por desgracia, no fueron los únicos alterados en su salud. El cuadro se repitió en todo el barrio, y por varios días. Los médicos fueron devastadores e insobornables. Los huevos crudos eran los culpables de tamaña osadía con la salud de los semejantes.

Muertos no hubo. Habiendo recobrado la fe en galenos, remedios y hospitales, los vecinos volcaron su frustración y enojo en las que hasta pocos días atrás habían sido sus tan queridas curadoras y veneradas pitonisas. Perdonándolas, por lo excesivo de su edad y la blandura de sus huesos, se dedicaron a romper huevos y matar gallinas, haciéndolas perder su identidad, e impidiendo

que las dueñas les dieran alguna clase de sepultura con posibilidad de identificación.

Las señoritas, que ahora ya no eran más las de los huevos, vejadas como habían sido, juntaron lo que pudieron, y huyeron allá donde tal vez nadie las reconociera. Por las dudas, y si alguna apariencia quedaba por guardar, pusieron un discreto cartel que decía a quien quería enterarse, y que no era mentira: Cerrado por duelo.

Ya alojadas y un poco más serenas, después de mucho hablar y a la vista de su abultada cuenta bancaria, decidieron que tal vez todo lo que habían vivido tenía un sentido, visto que a Dios gracias, ningún humano había muerto en la odisea, y la serenidad, de seguro, había vuelto a su antiguo barrio.

Con mucho amor y nada de rencor, comenzaron a escribir sus memorias. Como ellas estaban poco entrenadas en esas cosas de relatar, contrataron a su antiguo empleado, Agustín, el escritor frustrado, que ahora iba a tener la oportunidad de convertirse en escritor a secas, para que lo hiciera por ellas, ya que él mucho sabía de la historia, no si antes especificarle que debía dedicarle un capítulo entero al elogio de las muertas, familiares o gallinas, lo mismo daba, porque igual tenían el mismo nombre. Y por supuesto, no debía ser tan honesto y contar el verdadero final. Ellas querían un final feliz.

Y es así como surgió un libro que tuvo éxito mundial, y que llevó al escritor y a las señoritas a la fama. A pesar de todo, el destino estaba marcado. Ellas tuvieron un final opulento y feliz. Y el escritor también. ❖



"Noche de rueda gigante". Br. Martín Russi Sarraide  
(Mención-Premio CASMU)

la época de la pobreza.

Por supuesto que el remedio fue peor que la enfermedad. Los niños, obligados a beberse esa horrible pócima, terminaron por caer en un estado de muerte cercana.

Los vecinos, alterados por tantos lamentos no reconocidos, salieron de sus casas y se precipitaron al patio donde se desarrollaba la tragedia. Haciendo uso de la razón, de la cual se habían olvidado en los últimos tiempos, llamaron a la ambulancia que vino, los recogió y se los llevó para atenderlos como la ciencia y Dios manda.